

HANSEL & GRETTEL, CAZADORES DE BRUJAS (Hansel & Gretel Witch Hunters). 2013. 88 minutos. Acción. Paramount Pictures. Director Tommy Wirkola

Maximiliano E. Korstanje

Departamento de Ciencias Económicas
Universidad de Palermo. Argentina

Lo maligno, esa cuestión innombrable se corresponde con el temor más profundo de una sociedad. Pero todo aquello que tememos es en un punto necesario para que la comunidad pueda funcionar. En el film, recientemente estrenado, Hansel y Gretel se puede evidenciar lo que en otros trabajos he denominado génesis del mal (Korstanje, 2011). El arquetipo del mal, simbolizado en la rebelión de Lucifer, evoca el temor primigenio a la muerte del hijo. Siendo los hijos las unidades biológicas por excelencia de la sociedad post-industrial, que sean ellos protegidos se torna vital para la maquinaria orgánica moderna. Entre aquellos terrores que a menudo experimenta una persona, la muerte del hijo se transforma en discurso que atraviesa la mayoría de las culturas, una situación de inerrable sufrimiento. En las siguientes líneas explicaré mejor este punto.

Hansel y Gretel, tiene 88 minutos de acción donde la clásica leyenda (o cuento) sufre una radical alteración en el guión. Ambos hermanos han crecido y ya no son los niños dulces que aparecían indefensos en los cuentos que escuchábamos de pequeños, perdidos en el bosque por imprudencia personal. Esta historia cambia el ángulo de la vulnerabilidad. Los niños no se pierden, sino que son dejados por sus padres a la fuerza por temas que atañen a protegerlos de un pueblo furioso que ajusticia a sus progenitores. La madre es quemada por bruja mientras el padre es ahorcado. Pasan los días, y H & G se adentran en el bosque en busca de sus padres. Totalmente perdidos, encuentran una casa de caramelo donde habita una peligrosa bruja. Seducidos por los dulces, los niños entran en la casa que nunca deberían haber entrado. Luego de estar días en cautiverio, finalmente H&G logran salir arrojando a la bruja a un horno gigante. Desde entonces, se dedican a cazar brujas y a liberar niños que permanecen desaparecidos. Toda su vida se encuentra dedicada a rescatar niños robados de las garras de las brujas; eso sucede hasta que sin saberlo dan con la idea de que ellos mismos son hijos de una bruja blanca. El discurso de la película se orienta sobre dos ejes principales.

En primera instancia la vida de H&G, quienes engañados por una bruja son presa de un traumático evento, logran salir ilesos una vez que dan muerte a la misma; el mensaje inscripto en este acto fundador es que el bien sobrevive sólo bajo condición de que el mal sea inexcusablemente aniquilado. Segundo, la adaptación de ese propio trauma para ayudar a otros quienes como ellos han

sido víctimas de estos personajes siniestros. En tercer lugar y lo que es más importante, se encuentra la bruja, entendida ella como una mujer que habiendo tenido contacto con fuerzas oscuras, o malignas se degenera físicamente hasta adquirir una característica monstruosa. Empero, además de ser fea, la bruja recibe poderes del mismo Satanás. Ya sea a través de sacrificios o el rapto de niños, las brujas resignifican los lazos económico-sociales entre las personas.

Queda en evidencia, la cacería de brujas por parte del poder político demuestra poca eficiencia cuando el pueblo se topa con brujas verdaderas. Por ser una entidad más poderosa que los humanos, la bruja sólo puede ser quemada cuando ella voluntariamente elige no confrontar. Esta es, precisamente, la característica principal de la bruja (blanca), o “bruja” buena. A diferencia de la bruja oscura, las brujas blancas emplean su magia buscando el bien de la humanidad. Por el contrario, las brujas oscuras pactan con el demonio a cambio de la vida eterna. El sacrificio de niños (inocentes) juega una doble función en este proceso. Por un lado, aterroriza a la sociedad la cual pone todos sus recursos, ya sea contratando los servicios de Hansel y Gretel o los inquisidores, para proteger a su progenie. Por el otro, el arquetipo mismo del mal ejemplifica la posibilidad que el niño sea raptado o asesinado. La pureza del niño exhibe una gran fascinación para las brujas oscuras.

Recordemos al lector nuestra propia tesis sobre el arquetipo del mal. Corría la edad media, y la vida en Europa estaba convulsionada por guerras y pestes. La muerte era moneda corriente y en el mejor de los casos una persona llegaba a la treintena de años. Las brujas eran en primera instancia mujeres que habían heredado una gran fortuna y no habían podido dejar descendientes varones. No obstante, Karlsen documenta casos donde algunas mujeres en extrema pobreza eran acusadas de brujas también. La brujería era entonces funcional a un discurso patriarcal donde la circulación de bienes pasaba de padres a hijos varones. Cuando esta forma de reproducción quedaba vedada o alterada, la brujería cumplía un rol disciplinador y aleccionador. La mujer en cuestión era elegida, disciplinada y castigada para aceptar su supuesto contacto con el diablo o para ceder los derechos de todas sus propiedades a los magistrados o a la Iglesia Católica. En raras ocasiones, un hombre era condenado a muerte por la Santa Inquisición.

Según esta explicación, existe una lógica productiva para explicar la brujería. Las acusaciones formales se ponían a consideración de los magistrados arguyendo haber sido testigos de un pacto satánico, o de un contacto sexual indebido de la mujer acusada con el demonio. Entre los indicadores más representativos de una acusación de este calibre estaban, la muerte de un niño pequeño, la quiebra, problemas de fertilidad, la pérdida de una cosecha entera, o cualquier situación adversa que amenazara la vida de una comunidad. En efecto, el maleficio (además) se constituía como una convergencia entre dos opuestos bien definidos, la cultura encarnada por voluntad del hombre y las fuerzas naturales sobre las cuales el primero no tenía control. La bruja, con la ayuda de Lucifer o Satán, tendría control sobre las fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, no todas las brujas ejercían sobre sus víctimas algún daño. Mujeres, diagnosticadas por los médicos con alguna enfermedad incurable que sobrevivieran milagrosamente o dieran a luz podían también ser acusadas de

invocar la ayuda diabólica. Para este contexto de la historia europea y americana, el Diablo encarnaba una seria ofensa (como la metáfora de su rebelión a Dios) contra el orden social dado, mas por ese motivo era temido y repudiado (Karlsen, 1987: pp. 4-10). Ante cualquier falla que potencialmente podía hacer colapsar el orden social y económico de una sociedad, la brujería permitía lograr un equilibrio en todo el sistema.

El imaginario colectivo hace referencia al demonio o Satanás como una entidad monstruosa, cuyas facilidades y poderes rigen sobre la tierra, pero muy sobre todo por encima de todas las angustias humanas. Pactar con esta entidad maligna asegura cualidades que a los hombres les son negadas en sus propias sociedades, es decir presupone las categorías propias de la escasez. Pactar con Lucifer implica la renuncia a la angustia otorgada por gracia de Dios. La adaptación moderna de Lucifer implica la aceptación de comerciar con la propia alma a cambio de amor, riqueza y salud.

Durante mucho tiempo los teólogos y filósofos medievales se han desvelado tratando de comprender y explicar el origen del mal en la tradición judeo-cristiana. En efecto, si partimos de la base que el dios judaico y cristiano son una entidad omnipresente, todopoderosa y comprensiva, queda inconcluso la razón por la cual permite el nacimiento y la presencia del mal y/o la corrupción de uno de sus ángeles más amados y sabios. En efecto, si se observa la estructura gramatical de los idiomas indoeuropeos se observará que existe un estado nominal para casi cualquier situación o pérdida con la excepción de la muerte del hijo. De hecho, Dios podría haber acabado con Lucifer pero no lo hace; lo pone en contraposición desterrándolo a las afueras de su jurisdicción. El mito fundador de querubín Lucifer no solo simboliza la fascinación del hombre con la traición sino también el amor filial entre padre e hijo; es decir son nuestros propios hijos quienes nos permiten comprender la muerte por medio del dolor. A las diversas formas de morir, la muerte de un niño es inexplicable y repentina. Aun cuando siempre posible, existen mayores probabilidades que sean los grupos más ancianos quienes encuentren la muerte primero. El shock psicológico se genera cuando lo improbable pero siempre posible se hace realidad. La muerte joven pone en funcionamiento un conjunto de dispositivos sociales con el fin de comprender la situación. En términos de S. Murillo, tendemos a crear la ideología con el fin de domesticar la muerte, y el dolor que esta trae consigo. Como forma narrativa, la ideología intenta engañar a la mente haciéndole creer que la muerte es una cuestión lejana (Murillo, 2008).

En mi trabajo sobre la rebelión de Lucifer, argumento que Dios destierra a Lucifer, su primer hijo, precisamente para no darle muerte. En la mitología judeocristiana, los canales de la vida y de la muerte no solo parecen no tocarse, sino que encuentran en el destierro su posibilidad de coexistencia. Particularmente, con la excepción de Abraham, pesa sobre la tradición judaica y luego sobre la cristiana, la idea que el padre no debe asesinar a su propio hijo. Esta lección sugiere que cualquier anomalía reproductiva en la sociedad confiere al arquetipo del mal, ya que asume quien no puede tener hijos debe y puede asesinar los hijos de otros. En el fondo, la sociedad mira con desconfianza a quienes poseen problemas de fertilidad. Esta manera de pensar no solo da origen al fenómeno moderno de la brujería sino que vincula al diablo

mismo a los problemas de reproducción de una sociedad. En consecuencia, todos los recursos y esfuerzos por combatir al mal son la ejemplificación de nuestra negación a la muerte de quien no se considera preparado para morir (Korstanje, 2011). De todas sus formas, la muerte de los niños representa el efecto más traumático en cualquier sociedad moderna.

Para respaldar nuestra tesis, nos servimos del trabajo de C. Karlsen que explora el tema de la brujería en Nueva Inglaterra, EEUU por el medio del análisis de diversas historias, y narraciones. Estos documentos hablan de mujeres las cuales no tenían hermanos, hijos varones o se encontraban casadas sin hijos. En consecuencia, al no tener una línea masculina de descendencia tomaban posesión de territorios, ganado o bienes que por derecho consuetudinario les correspondían a los hombres. En este punto, la herencia, construcción jurídica estaba en tensión con el orden económico. Si por ley una mujer podía heredar aún no teniendo herederos varones, no menos cierto es que la inquisición corregía esa falencia por medio de la imposición disciplinaria del castigo. La brujería era sólo la excusa necesaria para que el orden económico pudiera subsistir.

En el ámbito cotidiano, la legitimidad de estas mujeres era puesta en duda por el círculo de acusaciones que versaba sobre ellas. Para el autor, las causas del fenómeno obedecen a un tema de fertilidad y dinámica productiva (económica). En Nueva Inglaterra entre 1620 a 1725 de un total de 158 mujeres acusadas por brujería, 96 (61%) eran mujeres sin hermanos o hijos varones, 62 (39%) con hermanos e hijos varones. De un total de 64 mujeres enjuiciadas, 41 (64%) no tenían hijos o hermanos varones mientras 23 (36%) si los tenían. Asimismo, el número de mujeres condenadas sin hijos o hermanos varones era de 25 (76%) y 8 (24%) con hijos o hermanos varones. Esta dinámica evidencia, sin lugar a dudas, no sólo la relación que existe entre el mal, la fertilidad y la conformación de un linaje patrilineal pero también el valor que tiene en la tradición cristiana el hijo varón (Karlsen, 1987: 102).

La brujería, en los términos descritos, representa una construcción política que amerita disciplinamiento. Por ella, los lazos sociales de la comunidad se renuevan y se hacen más fuertes. Ella evidencia como la lógica productiva queda asociada a la capacidad de heredar y posesión más la necesidad de comprender aquellas cuestiones que son contrastantes con los valores del propio grupo de pertenencia. Partiendo de la base que una “buena mujer” daba a luz hijos varones para la consecución del linaje paterno, entonces, las brujas encarnaban una dinámica inversa. Básicamente, su persecución y posterior ajusticiamiento eran funcionales a la lógica productiva de la sociedad puritana y patriarcal. En la actualidad, la brujería en películas como Hansel y Gretel no deja de añorar por el arquetipo arcaico de un temor que todavía queda anclado en el imaginario social, la muerte y/o desaparición forzosa de los hijos. ¿Pero como podemos explicar nuestro temor manifiesto a la muerte del hijo?. En nuestra propia consciencia europea coexisten dos tendencias. La greco-mediterránea que impera en la jurisprudencia, y la judeo-cristiana que se ha relegado hacia las esferas de lo religioso-administrativo.

En estructuras mitológicas como la griega, donde padres e hijos se asesinan por poder y riqueza, la muerte queda monopolizada en la figura del padre. Al tener la capacidad de dar muerte a sus propios hijos, los griegos construyeron una idea particular respecto a la muerte. Los dioses no eran compañeros, ni mucho menos protectores de los hombres. Su función estaba principalmente orientada a aconsejar a los hombres. Éstos últimos, no eran tampoco el centro epistémico de la creación. El hombre en tanto pequeño ante un mundo que no había sido creado para él, debía demostrar ser merecedor de la protección de los dioses. El mundo griego, admite C. Castoriadis (2006), es el responsable de introducir en occidente “el derecho del más fuerte” que hoy rige en la política moderna. La ley del más fuerte no solo acepta la muerte como parte del mundo, sino que confiere al político la posibilidad de arbitrar la vida y la muerte de los hijos. Es el ejemplo que ha legado al mundo, el rey Agamenón quien en busca de la conquista de Troya decide asesinar a su propia hija. El asesinato de padres e hijos, es moneda de cambio en el mundo mediterráneo antiguo. Fuera del mundo moral, el político debe elegir por lo mejor para su pueblo, incluso si lo mejor implica el sacrificio de lo que uno más ama. En el mundo griego, por lo expuesto, la muerte de los hijos es una consecuencia derivada de una decisión previa, por ende sólo puede ser corregida por la venganza (como Aquiles venga a su primo muerto ante Héctor).

No obstante, el mensaje de la mitología judía se ubica en un ángulo diametralmente opuesto. El mundo fue creado para ser administrado por los hombres. Bajo lo que Foucault llamó la lógica del pastoreo, Dios funciona como una especie de padre pastor cuya misión es velar y asegurar la protección de sus hijos, a quienes se puede comparar con el ganado. Pero su creación hace uso del libre albedrío, y en ese ejercicio se entrega al pecado. El amor del padre por su hijo, no solo sella a fuego el pacto primigenio de Israel con su Dios, sino que además establece una forma nueva de pensar en la Europa moderna: la negación de la muerte del hijo. Para explicarlo en forma clara, la muerte queda aislada dentro de las posibilidades pues es el buen pastor quien hace del mundo un lugar mejor. Siguiendo esta forma de razonar, la muerte deja de ser aceptada como una realidad. El poder como la decisión de quien vive o muere es de Dios, y no pertenece a los hombres. Tan inexplicable como incomprensible, la muerte se mantiene fuera de la esfera de los hombres. Como admitiera Nietzsche, la ley del más fuerte que imperaba en Europa comienza a ser modificada por la ley de los sacerdotes, donde esa fortaleza se transforma en signo de debilidad espiritual (impotencia). El mensaje último del cristianismo apuntaba al pobre, al mutilado y a los débiles como plenos merecedores de entrar al reino de los cielos. La humildad reemplaza a la fortaleza hasta el punto de invertir las antiguas lógicas del poder. La figura del hombre descansa sobre una paradoja conceptual. Siendo la muerte una construcción incontrolable por el hombre, por no ser dioses, entonces, se asume el amor por la vida; y porque se ama la vida, es que se niega la muerte. En este sentido, cuanto más se ame a los hijos, más se teme su inevitable final.

Referencia

Castoriadis, C. (2006). *Lo que hace a Grecia. De Homero a Heráclito*. Buenos Aires, FCE.

Karlsen, C. (1987). *The Devil in the shape of a Woman. Witchcraft in Colonial New England*. New York, Norton.

Korstanje, M. 2011. "Rebelión: una Aproximación Teórica". *International Journal of Zizek Studies*. Volume 5, Issue 4. December 2011. (pp. 1-43). Disponible en <http://zizekstudies.org/index.php/ijzs/index>. University of Leeds, Reino Unido. ISSN 1751-8229.

Murillo, S. (2008) *Colonizar el Dolor*. Buenos Aires, CLACSO.

Nietzsche, F. (1972) *Más Allá del Bien y del Mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Madrid, Alianza.

